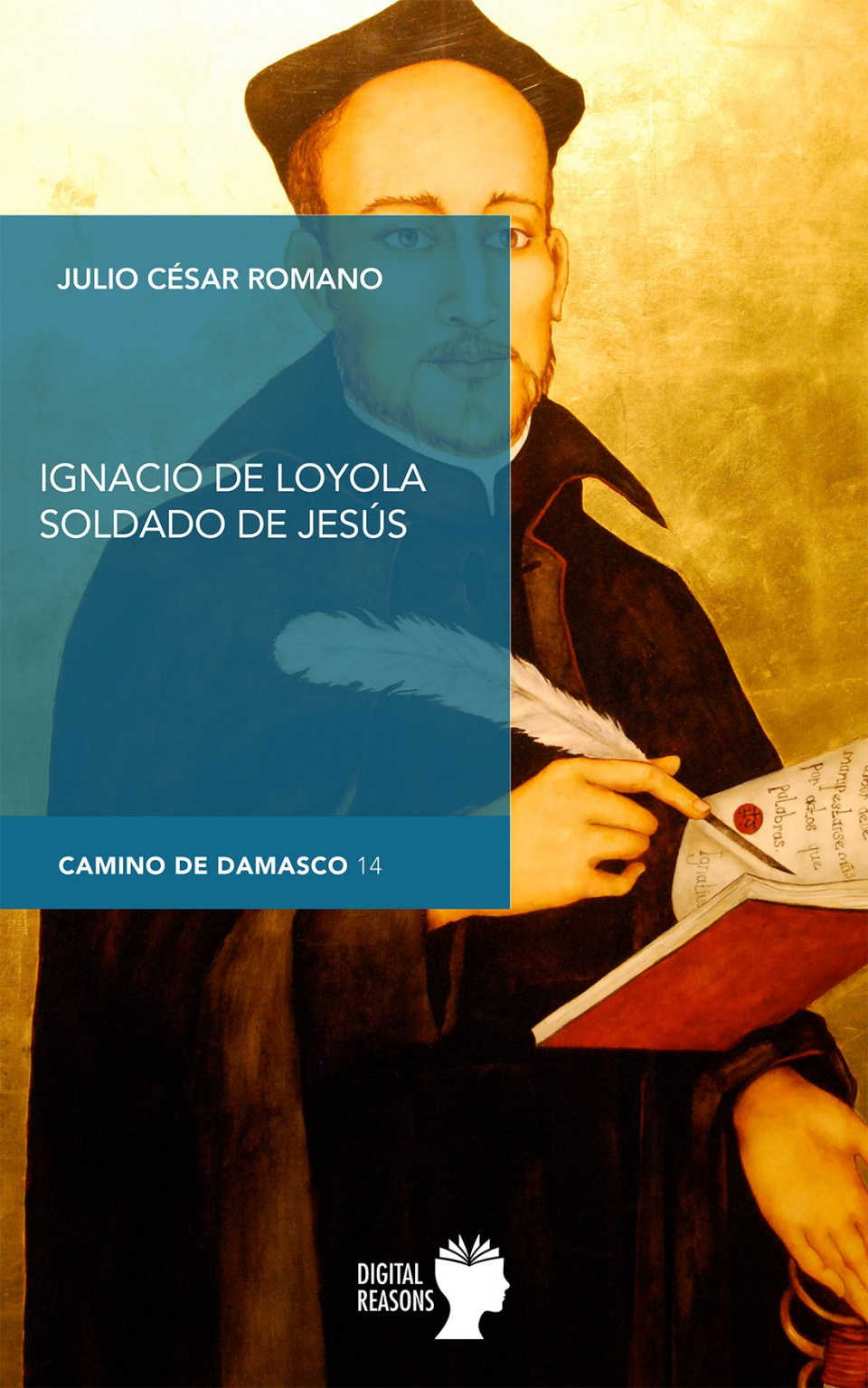


A portrait of Ignacio de Loyola, a Spanish Jesuit, wearing a black cap and a dark robe with a fur collar. He is holding a quill pen over an open book. The background is a warm, golden-yellow color.

JULIO CÉSAR ROMANO

IGNACIO DE LOYOLA
SOLDADO DE JESÚS

CAMINO DE DAMASCO 14

IGNACIO DE LOYOLA

SOLDADO DE JESÚS

JULIO CÉSAR ROMANO

IGNACIO DE LOYOLA

SOLDADO DE JESÚS

CAMINO DE DAMASCO

14



Colección: Camino de Damasco
Director de la colección: Gonzalo Nadal
© Autor: Julio César Romano Blázquez
© Digital Reasons, 2022
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Serrano 51, bajo
28006 Madrid
(España)

Diseño de cubierta e interior: Digital Reasons.
Imagen portada: Eric E. Castro. Creative Commons Attribution-Share
Alike 2.0 Generic (Sin modificaciones)
ISBN (papel): 978-84-123274-7-2
ISBN (digital): 978-84-120315-9-1

Ficha bibliográfica: Romano, Julio César (2022): *Ignacio de Loyola, soldado de Jesús*, Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Podirprint
Impreso en España - *Printed in Spain*

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

Prólogo	7
1. La defensa del castillo de Pamplona (1521)	9
2. El golpe de cañón (20 de mayo de 1521)	17
3. Las heridas necesitan su tiempo (finales de mayo de 1521)	23
4. Recuerdos de la infancia	30
5. La operación de la pierna (primera mitad de junio de 1521)	38
6. Los síntomas de la muerte (finales de junio de 1521)	45
7. Los libros que cambiaron una vida (verano y otoño de 1521)	51
8. Camino de Montserrat (febrero de 1522)	55
9. La visita a la Virgen de Montserrat (marzo de 1522).....	62
10. Los primeros meses en Manresa (25 de marzo de 1522)	68

11. La cueva junto al río, una experiencia sin palabras.	73
12. Roma, paso obligado para su destino final, Jerusalén (Semana Santa de 1523).....	78
13. Y por fin, Jerusalén (4 de septiembre de 1523).....	83
14. A su pesar, deja Tierra Santa. (23 de septiembre de 1523)	90
15. De nuevo en Barcelona y de allí a Alcalá de Henares, para estudiar (1524-1527)	96
16. En la Universidad de Salamanca continúan los problemas. (Junio de 1527).....	103
17. El último paso en los estudios, La Sorbona, Universidad de París. (Febrero de 1528).....	107
18. Los inicios de la Compañía de Jesús. (15 de agosto de 1534).....	116
19. De nuevo en su tierra, en Loyola (Año 1535).....	122
20. Pasa un año en Venecia tras el regreso (1536-1537)	130
21. Las dudas en Roma. (Octubre de 1537).....	140
22. La fundación de la Compañía de Jesús. (27 de septiembre de 1540)	146
23. El gobierno de la Compañía le obliga a estar en Roma hasta el final (1540-1556)	152

PRÓLOGO

La vida de San Ignacio de Loyola es ni más ni menos que la historia de un soldado.

Al principio, estará al servicio del emperador Carlos I, rey de España, Alemania, los Países Bajos y todas las tierras que se acababan de descubrir al otro lado del Océano. Después, dejará su espada para ser soldado de Dios en la Compañía de Jesús, institución de la Iglesia que él mismo crea con ese nombre. Luchará con otras armas muy distintas y con distinto fin, la gloria de un Señor con letras mayúsculas.

Su época estará llena de guerras y batallas, de peleas entre reyes en busca del dominio de nuevos territorios o con la finalidad de mantener los suyos propios. En medio estará también el Papa. Íñigo, como se le conoce al principio a San Ignacio, participará de estas intrigas desde su juventud hasta los treinta años. En ese momento, sufrirá un inesperado acontecimiento que cambiará su vida de forma radical.

Empezaremos nuestra biografía en ese punto culminante, el año 1521. Para que te puedas situar, el reino de Navarra estaba en poder de Carlos I, en contra de la voluntad de sus ha-

bitantes. Por eso, los navarros habían pactado con los franceses para que les ayudaran a conseguir de nuevo la independencia. Hacia Pamplona, la capital del reino navarro, se dirigía un ejército francés para expulsar a los españoles. A la espera de su enemigo, estaban las tropas del emperador de España al mando del duque de Nájera, virrey de Navarra. Íñigo de Loyola, nuestro protagonista, ya sabes que cambiará su nombre a Ignacio más adelante, se encuentra entre las tropas del emperador, junto a su hermano Martín. Está nervioso, aunque no se nota en lo externo. Es la segunda vez que va a participar en una batalla, la primera no fue muy exitosa.

1. LA DEFENSA DEL CASTILLO DE PAMPLONA (1521)

En una verde y fresca llanura cercana a Pamplona, un ejército de casi tres mil quinientos soldados, en su mayoría de origen vasco, esperaba las órdenes de su general, el duque de Nájera, virrey de Navarra. Este había abandonado la ciudad en manos de su comandante Herrera, al que acompañaban dos mil hombres, insuficientes para la defensa de la ciudad. Todos lo sabían. Las órdenes del duque habían sido claras.

—Herrera, nada de locuras —avisó el virrey a su comandante—. Mantén conversaciones con los franceses para negociar la entrega de la ciudad de la forma más ventajosa para vosotros. Ya vendrán tiempos mejores.

De momento, dejarían que se produjera la toma de la ciudad. Más adelante, intentarían cambiar la situación en otro momento más favorable.

Al frente de aquellos hombres acampados en la llanura estaba el hermano mayor de Íñigo. Se llamaba Martín y hacía cabeza de la familia de los Loyola, muy reconocida entre la nobleza vasca. Tenía unos cuantos años más y una altura mayor. Los dos estaban juntos y se notaba la

diferencia entre ellos, también en el carácter. Al jefe del ejército se le veía más calmado.

Mientras tanto, Íñigo llamaba la atención del resto de los soldados. Su caballo se movía a causa de los nervios del jinete. Ya tenía unos treinta años, pero no los aparentaba ni con su actitud ni con su físico. Su frente estaba ya bastante despejada. Aquello le daba un aire inteligente. La barba poco poblada pretendía suavizar la nariz aguileña y su incipiente calvicie. Sus ojos almendrados proyectaban una seguridad propia de un gran militar, de esos que van en primera línea alentando a su tropa con el coraje a flor de piel. Era tozudo y lo demostraba en ese instante con más fuerza que nunca. Martín no sabía cómo convencerle para que se quitara de la cabeza la peregrina idea de defender el castillo de Pamplona.

—¡Vaya estupidez! Es inútil este acto de valentía —gritaba Martín—. No te doy permiso para acudir a la ciudad junto a los que se han quedado allí. Es una locura. Hasta el comandante de la plaza, Herrera, abandonará el lugar. Ya verás. Los franceses entrarán en Pamplona fácilmente, pues los habitantes están a favor de ellos y en contra de nuestro emperador Carlos.

Íñigo no se convencía y su hermano sabía que al final no cambiaría de idea. Además, el menor de los Loyola ya llevaba unos cuantos años al servicio del virrey de Navarra, el duque

de Nájera y lo conocía bien. Sabía que no iba a defender la ciudad. Íñigo no soportaba la idea de huir de su superior y pretendía que todo fuera distinto. Volvió a la carga en su empeño.

—Es necesario demostrar que nos interesa la ciudad, de otra forma acabará sin remedio en poder de los franceses. El emperador Carlos tiene muchos problemas entre manos y este es uno de los menores. Le da igual, por lo que todo depende de nosotros, Martín, de nadie más.

—Perderemos la ciudad y luego la recuperaremos —dijo Martín con signos de impaciencia—. La guerra es así, nunca se gana definitivamente. Ya lo sabes.

El fuerte carácter y la cabezonería del joven Íñigo le impedían escuchar las palabras de su hermano. Siguió insistiendo en su deseo de entrar en Pamplona. Como soldado que era, estaba acostumbrado a obedecer; pero también sabía mandar y persuadir a los demás. Ahora estaba decidido a rescatar a los habitantes de Pamplona. Solo necesitaba conseguir que Martín le cediera al menos algunos hombres de esos tres mil quinientos que habían reclutado para ir en ayuda de la ciudad. Habló de nuevo tras unos segundos de silencio.

—El virrey no se tenía que haber retirado. ¿Para eso hemos venido? ¿Para no luchar? Déjame unos hombres y yo defenderé el castillo junto con Herrera. Es de las mejores fortifica-

ciones que hay, sus muros escupen las bombas de los cañones y seguro que los nuestros están preparados para un largo asedio —dijo Íñigo elevando un poco la voz—. ¡Es ahora o nunca!

—Ten cuidado, por favor —Martín cedió finalmente con estas palabras de advertencia—. Los franceses no son un enemigo pequeño.

Al poco rato, Íñigo de Loyola entró en Pamplona con los doscientos soldados que le había dejado su hermano. No muchos, pero los suficientes para infundir ánimo a los defensores de la ciudad. Mientras recorrían las estrechas calles de la ciudad, los habitantes miraban con desdén la columna de guipuzcoanos, pues esperaban a los franceses y se notaba el odio en el aire. Algunos se atrevían a insultarlos a su paso. El pequeño contingente sufrió una pequeña decepción hasta que oyeron unos cuantos “hurra” y “viva”, que llegaban desde las inclinadas murallas de la ciudadela.

—Mirad cómo se animan los valientes que defenderán con nosotros la ciudad —dijo en voz alta Íñigo a sus compañeros.

Todos los acontecimientos se sucedían muy deprisa. Íñigo, convertido ahora en el jefe de las tropas de refuerzo, pasó por la puerta del castillo con un pensamiento claro. Debían defender la ciudad, incluso contra la voluntad de sus propios habitantes.

El golpeteo de los cascos de los caballos sobre el empedrado de la fortaleza provocaba un

ruido hermoso y acompasado. “Como la lluvia constante de Loyola sobre el río”, pensó Íñigo. Aquello le hizo recordar los libros de caballería que leía, una y otra vez, en los días de invierno. Él mismo podría ser ahora el protagonista de una gran gesta. Se imaginó ante el emperador Carlos y bajo la atenta mirada de la señora de sus sueños. Aquella dama inalcanzable a la que sirvió cuando era joven. Nadie sabría nunca quién era su amor imposible, volvió a hacerse esa promesa en sus adentros. Su dama secreta seguiría siéndolo para siempre.

Aquellas fantasías no parecían las de un hombre de treinta años sino las de un joven soñador, pero Íñigo era así. Un idealista al que solo le despertaba golpearse de frente con la realidad. Una voz le devolvió a ella. Tenía un tono meloso que le hizo recelar.

—¡Bienvenido al castillo, Íñigo!

El saludo del comandante Herrera lo despertó de sus ensoñaciones y enseguida se puso a su disposición.

—Ya sabes que nuestro virrey, el duque de Nájera, se marchó de la ciudad. —Herrera medía sus palabras, pues no deseaba aparentar cobardía—. Nosotros debemos valorar con cuidado lo que hay que hacer en esta situación en la que nos encontramos. Pronto llegarán los franceses y en gran número.

Íñigo asintió con gesto serio. No le hacía mucha gracia la huida de su señor, el duque,

aun cuando este se hubiese justificado con la frase que ya había oído tres o cuatro veces. "Para disparar un arcabuz antes hay que tirar de la cuerda". Tampoco le agradaron las palabras de Herrera, pues no le parecieron lo suficientemente enérgicas. Las consideró llenas de dudas y de reservas. Esperaba un discurso valiente que considerara claramente la necesidad de defender la ciudad del ataque de los franceses.

Una campana sorda y de sonido hueco repicó dentro del castillo. Anunciaba una nueva visita. Herrera e Íñigo se apresuraron hacia las almenas con el ánimo de saciar su curiosidad. Se asomaron cuando se oyó un grito delante de la puerta de la fortaleza.

—¡Ah del castillo! —gritó un soldado con acento francés—. Venimos en representación del general André de Foix y del señor de Elgorraque, que están al frente de nuestro ejército, muy cerca de aquí.

La avanzadilla deseaba hablar con el comandante encargado de la defensa de la ciudadela amurallada. A los franceses se les notaba cansados, pues el sol de mayo ya iba caldeando el ambiente. Uno de ellos se secaba el sudor continuamente con un pañuelo bordado con encajes blancos. Venían con plenos poderes para negociar la rendición de la plaza, algo que suponían que iba a suceder sin mucha de-

mora. Todos los habitantes de Pamplona agradecerían que así sucediera.

Íñigo se rascó su pequeña y fina barba. Cada vez estaba más convencido de que el único interesado en la defensa del castillo era él. De ahí que siguiera al comandante cuando recorrió las almenas en busca de una escalera que lo llevara abajo.

—Voy a recibirlos cuanto antes. No creo que sea necesario esperar —afirmó el comandante Herrera mientras descendía por la escala con rapidez.

Por su cabeza pasaba la rendición a cambio de sacar la mayor ventaja posible para la retirada de sus tropas, aunque también habría que disimular. Le vino a la cabeza el duque de Nájera. Este se había marchado y nadie es más que su señor, pero el último responsable sería él mismo, el último que abandonara Pamplona.

En su camino hacia la sala principal el comandante se encontró a sus mejores hombres junto con los suboficiales. Sin duda, su conversación giraba en torno a los nuevos acontecimientos. La mayoría se había mostrado a favor de la defensa. Según su opinión, la historia hacía siempre justicia a los más valientes. Las hazañas más sonadas e importantes habían comenzado como quimeras, como hechos imposibles de alcanzar y conseguir. Ahí estaban

ante un objetivo irrealizable, la defensa del castillo.

—¿Qué haremos, mi señor?

El segundo oficial del castillo se había plantado delante de Herrera, con todo el respeto que le tenía, pero sin miramientos. Los hombres del norte no se andaban con rodeos.

—Enseguida veremos qué nos ofrecen los franceses. A veces, las decisiones vienen dadas por las circunstancias. Hablaré personalmente con André de Foix, su general.

Íñigo se indignó ante aquel comentario sobre las "circunstancias". Después de haber entrado en la ciudad, no pensaba abandonarla. "Ni soñarlo", se dijo. A pesar de su enfado, supo contenerse, como había aprendido en los años que pasó cerca de la corte. Tendría la oportunidad de expresar sus ideas en el momento oportuno, delante de los enemigos. No pensaba separarse del comandante ni un segundo.

2. EL GOLPE DE CAÑÓN (20 DE MAYO DE 1521)

Y así se cumplió.

Íñigo no se separó de Herrera y entró junto con él en la tienda de André de Foix. Otros dos suboficiales del castillo los acompañaban. El lugar no se prodigaba en lujos, pero sobrepasaba a cualquier otro en el que hubiera estado nunca. Incluso contrastaba con la sencillez y austeridad de la casa de Juan Velázquez de Cuéllar, comendador de Castilla, donde pasó su juventud.

—Pasen, señores. Es un honor recibirlos en mi alojamiento. La guerra no permite grandes ostentaciones, pero al menos procuraremos que estén a gusto. Siéntense, por favor.

El general utilizaba un castellano muy claro y casi sin acento. Se le notaba hombre culto y de buenas maneras. Hizo una señal y un criado les llenó una copa de plata con un vino de color muy oscuro. Después, se retiró y André de Foix volvió a tomar la palabra.

—Entiendo que la situación es delicada y que por tanto tardaremos poco en llegar a un acuerdo. Partiendo de la base de que abandonarán ustedes el castillo, solo queda fijar el precio de su rescate. Tendré en cuenta esta

buena disposición que tienen de evitar la batalla. Esta nos llevaría a una pérdida de vidas humanas sin sentido —el general tomó la copa para llevarla a sus labios, después continuó—. Por eso el dinero que les pida será casi simbólico.

Ahora le correspondía hablar a Herrera. Íñigo seguía indignado ante la suposición de que no lucharían y lo mostró claramente al estirar la espalda y apretar la mandíbula. Él era un Loyola.

—Parece una propuesta muy digna. Sin embargo, aún nos queda decidir si realmente nos retiramos —el comandante Herrera se tocó la barbilla suavemente—. Pero es cierto que no hay muchas alternativas...

—Sí, hay una muy importante. La mejor antes que huir —interrumpió Íñigo de forma brusca—. No sé cómo se puede ofrecer este trato a nuestro comandante. Él nunca nos dejará volver a nuestras tierras con deshonor.

Todos se quedaron paralizados. Herrera le miró con gesto extrañado. Su frente se había arrugado ante el empuje de sus pobladas cejas.

—Nuestro comandante nunca nos privará de llevar a cabo esta gran gesta en nombre del emperador. Así se lo dije a nuestros hombres antes de venir aquí, al campo enemigo. Gritaron conmigo y no los podemos decepcionar.

Herrera agarró con fuerza la copa e hizo ademán de beber el vino rojizo que se movía de forma nerviosa ante el temblor de su mano. Se detuvo. Su vista pasó del general francés al suboficial. Si entregaba el castillo habría represalias contra él por parte de sus superiores, aunque no demasiadas. Por otro lado, Íñigo, aquel hombre menudo de frente despejada y modales finos, le pedía un acto de valentía. Un riesgo que ni siquiera había asumido el duque de Nájera. Dejó la copa en la mesa sin beber una gota. Se encontraba atrapado entre dos fuegos. Finalmente, prefirió tener a los franceses como enemigos.

—¡Sea, por el emperador! —gritó con coraje.

Los cuatro defensores del castillo salieron de la tienda con el ánimo encendido y dispuestos a todo. De fondo, aún oyeron algunas imprecaciones en francés que a duras penas entendieron. El general sabía que vencería, pero le saldría caro a su bolsillo. Pagaría soldados, municiones de cañón, pólvora, armas y la vida de muchos hombres. Estos guipuzcoanos no sabían de dineros y menos de finanzas. Algunos morirían en un intento desesperado, sin sentido ni utilidad.

Los gritos de alegría que salieron del castillo llamaron la atención de los habitantes de Pamplona. Íñigo no había mentido sobre los áni-

mos de los soldados allí encerrados. Estaban dispuestos a resistir al invasor francés.

"Necios, no sabían lo que hacían", pensaban los pamploneses, incrédulos.

En el bando francés, los preparativos se llevaron a cabo de inmediato. Ningún ejército quería demorar lo inevitable y menos aún las tropas del general Foix, pues tenían prisa por entrar en combate. Comenzaron el bombardeo con los cañones de menor potencia, a la espera de que llegaran los demás. Las murallas resistían.

No era la primera vez que Íñigo se hallaba ante el fuego enemigo, aunque normalmente lo había hecho con ventaja sobre el otro ejército. Esta vez la batalla se presentaba difícil, casi imposible de ganar. Aquel era el mayor peligro al que se enfrentaba en su vida. Sin embargo, su ánimo no aflojaba y tenía unas ganas enormes de combatir.

Ese entusiasmo no suponía un impedimento para preparar su alma. Allí no había ningún sacerdote y decidió confesar sus pecados a otro compañero. No le daría la absolución, pero descargaría su conciencia juntando el arrepentimiento con aquella relación de sus faltas. El otro soldado escuchó con paciencia. Después, cambiaron los papeles mientras se oían silbar las bolas que lanzaban los cañones. Esa munición no podía hacer gran daño al castillo, pero sí a los hombres. Ellos lo sabían muy bien.

—¡Vamos arriba! —gritó Íñigo a un grupo de soldados cuando terminó con lo que consideraba necesario— ¡Es preciso evitar la llegada de los invasores!

Los franceses avanzaban entre el fuego enemigo con las escaleras en ristre. Al llegar junto a las paredes del castillo, las elevaban e intentaban subir lo más deprisa posible. En ese instante, Íñigo ordenó que se volcaran. Los franceses no tenían ni siquiera tiempo de subir por los escalones.

A lo lejos, André de Foix observaba la inutilidad de los ataques. Encima de la muralla, casi descubierta, veía los movimientos de los soldados vascos y de sus oficiales. Si querían acabar con aquel infierno, sería necesario barrer aquella defensa.

—¡Maldita sea! ¡Traed aquí a vuestros mejores artilleros! —gritó el general con mal humor—. ¡Limpiadme lo más alto del castillo de esos engreídos!

Sus soldados se apresuraron a cumplir las órdenes. El general francés pocas veces se encendía de esa manera. Casi nadie le había visto así de irritado.

—¡Apuntad bien! ¡Habrà recompensa!

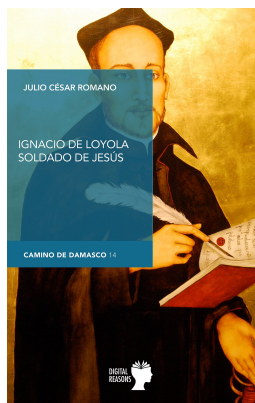
Los cañones se rodearon de humo casi a la vez. También el estruendo parecía un eco al unísono. Las bolas de hierro volaron hacia el cielo, guiadas por el cálculo de los artificieros.

Cada uno pretendía saber adónde golpearía su munición, como cazadores puestos en fila.

Una bala pasó entre las piernas de Íñigo, rompiendo su rodilla derecha e hiriendo la izquierda. El dolor lo dobló hacia delante y cayó al suelo entre los ruidos de sus propios huesos. Olía a carne quemada y a sangre, a pólvora y a muerte. Igual que si se hubiera hecho blanco en todo el ejército, los soldados se vieron dañados en su moral. El principal valedor de aquella hazaña imposible había rodado por el suelo y los dejaba cojos en su resistencia. Se detuvieron, el tiempo se paró. El silencio lo inundó todo. En el aire se percibía el final de aquella locura. Hasta los franceses se percataron de esa sensación. Muy pronto, sin más esperas ni pérdidas inútiles, el castillo sería suyo.

Íñigo ya no podía imponer su criterio. Se había acabado el juego de la guerra. Por lo menos, para él.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el prólogo y los dos primeros capítulos de *Ignacio de Loyola, soldado de Jesús*, de Julio César Romano. El libro completo, en 23 capítulos, narra la vida de Íñigo de Loyola: del soldado herido en Pamplona al peregrino, el estudiante y el fundador de la Compañía de Jesús.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/ignacio-de-loyola-soldado-de-jesus

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **El soldado herido (1521).** La defensa del castillo de Pamplona, el cañonazo, la convalecencia, la operación de la pierna, los recuerdos de la infancia y los libros que cambiaron una vida.
- **Montserrat y Manresa (1522).** El camino a Montserrat, la visita a la Virgen, los primeros meses en Manresa y la cueva junto al río.
- **Peregrino y estudiante.** Roma y Jerusalén, el regreso a Barcelona, y los estudios en Alcalá, Salamanca y la Sorbona de París.
- **La Compañía de Jesús.** Los inicios en 1534, el regreso a Loyola, Venecia, las dudas en Roma, la fundación en 1540 y el gobierno de la Compañía hasta su muerte en 1556.

Pertenece a la colección Camino de Damasco.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-123274-7-2



Escanea para comprar